

CAPÍTULO IV

ANDAR TRABAJANDO: EL PRECARIO EQUILIBRIO Y LA SALIDA

*Me picó ganas de andar
y apalabré al capataz,
y así, de golpe nomás
el hombre me preguntó:
¿Tiene mula? Cómo no le dije.
Y hambre, de más...
Atahualpa Yupanqui*

EL PRECARIO EQUILIBRIO Y LA SALIDA

Lo que diferencia el andar trabajando de los señores mayores de la comunidad como don Patricio, don Santiago o don Martín y a los cerca de veinte hogares de El Boxo que viven casi exclusivamente del campo, de la de otros que tienen al trabajo en la milpa como uno más de sus medios de vida, es que los señores, por su edad, no pueden reconvertir ese andar trabajando en ocupaciones asalariadas de ocasión. Antes lo hicieron. En su juventud, ellos se hicieron mineros, jornaleros agrícolas, albañiles o comerciantes, en un ir y venir que acentuaba más la dimensión del arraigo que la de la diáspora.

Otrora, el proceso de trabajo campesino establecía la relación con el mercado de manera mucho más esporádica y; en cierta medida, con menor dependencia que en la actualidad. Las unidades domésticas resolvían, aunque “con muchas carencias” —y bajo una configuración de la escasez ligada a nociones tradicionales de vida buena—,¹ el ámbito del consumo, mediante la producción campesina familiar, dentro de la cual debe incluirse la recolección de frutos e insectos (tratada

¹ El vínculo entre nociones de escasez y vida buena se discutirá en el siguiente capítulo.

en el capítulo 1) y la caza de animales menores (*venados*, ardillas, conejos, liebres, cacomixtles, tlacuaches y ratas de campo),² así como la transformación primaria ligada al uso del maguey (aguamiel, pulque y miel).

Vale recordar en este punto que en El Boxo, aún después de la dotación ejidal, la producción campesina siempre se destinó al autoconsumo. De modo tal que el modelo de la reproducción mercantil simple, para el caso del pasado de la comunidad, funciona sólo si se integra al proceso de trabajo campesino la parte de la pluriactividad tradicional (Schneider, 2009) destinada parcial o totalmente al mercado regional aun cuando este mercado estaba mínimamente desarrollado. En dicha pluriactividad, se desarrollaba la producción de carbón, el pastoreo en pequeña escala de ganado ovino y caprino, de artesanía de palma, así como la recolección y venta del piñón. Entre estas actividades, la única constante y, por ello, posible de integrar a las bases de reproducción social permanentes de las unidades familiares, era la del carbón. Como me manifestó el maestro Hermenegildo, “hacer carbón era el único *trabajo económico* que teníamos en aquel tiempo”.

Por su parte, la producción de piñón se desarrollaba sólo en la temporada del fruto (octubre y noviembre) y su venta estaba subordinada a la llegada de compradores externos y/o acaparadores que pagaban precios mediante tratos directos con cada recolector. Situación similar ocurría con la eventual venta de borregos.³

² El Valle del Mezquital es reconocido por el tradicional consumo de diversos insectos y animales silvestres (mamíferos menores, roedores, marsupiales y reptiles). De ello, cada año, hace gala la Feria Gastronómica del Valle del Mezquital, desarrollada hace más de tres décadas en el municipio de Santiago de Anaya. No obstante, tal y como sucede en el Valle en general, para el caso de El Boxo, hay que considerar la disminución o pérdida de especies otrora consumidos. Los mayores recuerdan que en su infancia y juventud en los cerros de la comunidad aún se podía cazar venados y que abundaban animales menores (como las ardillas) que hoy escasean. A nivel regional Peña y Hernández (2014: 51) han apuntado: “la gastronomía hñāhñu enfrenta varios retos entre los que destacan: la transformación de su ecología, pérdida de espacios territoriales útiles para la siembra, deforestación de mezquites y magueyes, las especies de flora y fauna aprovechables han comenzado a modificar sus ciclos reproductivos y varias de ellas están en peligro de extinción, lo que ha detenido su recolección y caza en el afán de conservarlas, por lo que los recursos aprovechables van siendo menos cada vez y difíciles de encontrar no sólo por la alta demanda del pueblo hñāhñu sino por el mercado negro de flora y fauna”.

³ Si bien la cría de ganado ovino en El Boxo se vinculaba al autoconsumo y al ahorro, eventualmente se llegaban a vender algunas cabezas de ganado entre vecinos o, como se mencionó, a compradores externos. Otro rédito que esporádicamente aportaba la cría de este ganado era la venta de lana de borrego a los “cobijeros” de Santuario Mapethé. En décadas pasadas en el pueblo de Santuario existían pequeños talleres textiles que elaboraban especialmente cobijas. Estos talleres posibilitaban un mercado interno para la compra de lana lavada, escarmenada o hilada.

Los equilibrios entre los ámbitos productivos y consuntivos eran, para la mayoría de los habitantes de El Boxo, precarios. Un número muy reducido de campesinos lograba mantener una producción relativamente suficiente en relación con el consumo familiar. Sobre esto, don Arón reflexionaba:

En ese tiempo todo eran pobre, eran pobre la gente. Había unos que otros que tenía un poquito más pero diríamos que así rico, rico no, que no había. Ricos sí, esos pocos que le digo, porque sembraban milpa, hacían pulque solos, nunca sabía comprar pulque, nunca sabía comprar maíz; ellos sí, como quien dice eran ricos en ese tiempo. ¿Pero nosotros? Pos no. Todo el tiempo comprábamos, que su maíz, comprábamos su pulque; pos porque no alcanzaba.

Para la mayoría de los habitantes de la comunidad la producción maicera no cubría las necesidades anuales. Aunque es difícil establecer un cálculo en la actualidad y, más aún ligar ese cálculo a las necesidades de décadas pasadas, es posible estimar que el maíz producido por cada unidad, lograba satisfacer la demanda de entre 4 y 7 meses.⁴ Para el resto del año se requería comprar el grano. Don Patricio, evocando su infancia (de los años treinta del siglo pasado) me comentó:

Mi papá tenía 25 burros y cada que se acababa el maíz íbamos hasta la Vega Metztlán, por allá de Molango. Mi papá sabía que siempre había maíz porque él antes trabajó en Metztlán. Entonces íbamos para traer el maíz cargando los animales. Le cargaba 20 o 25 cuartillos⁵ por burro, era lejos, bien lejos eso que le digo. Eran dos días de la

⁴ Los campesinos de El Boxo manifestaron producir entre 250 y 300 kilos de maíz seco (desgranado) por hectárea. En promedio, cada productor siembra anualmente 1.5 ha. Si se considera la producción máxima (300 kilos), en dicha superficie podrían cosecharse 450 kilos de maíz seco. Isidra, por ejemplo, destina para masa cerca de 2.5 kilos de maíz nixtamalizado, con ello logra hacer a mano cerca de 40 tortillas equivalentes al consumo diario de su familia (2 adultos y tres niños). Si se destinara el total del maíz producido (450 kilos) a la elaboración de tortillas, la unidad familiar de Isidra cubriría 6 meses de consumo. Este estimativo debe ser considerado sólo de modo referencial en tanto que se hace a razón de una extensión promedio de cultivo, el que puede variar hacia abajo o hacia arriba. Además de lo anterior, el cálculo incluye únicamente la preparación de tortillas, mientras que el consumo de maíz se realiza en diversas preparaciones (entre otros: atoles, gorditas, tlacoyos y tamales). Del mismo modo, no se considera el destino del maíz como alimento para animales de traspatio, en especial para gallinas. Finalmente, el cálculo no considera el fondo de reemplazo destinado al banco de semillas (cerca de 25 kilos de grano seco por ha), ni los fondos que, siguiendo a Wolf (1982), discutí en el capítulo II.

⁵ En esta parte del Valle del Mezquital, aún en la actualidad, la unidad de medida para la venta y compra de maíz en grano (al menudeo) sigue siendo el cuartillo, equivalente a un kilo y medio aproximadamente.

ida y dos días en el regreso, bandeábamos barranca, joyas y teníamos que cruzar río. Íbamos hasta allá a traer el maíz porque allá valía 15 centavos el cuartillo y Cardonal lo daba a 30. Es que allá había mucho desgranadores, todo a mano, unos montonzotes de maíz y harta gente trabajaba hasta allá. Ahí llegaban los compradores, cargaban el maíz y vámonos. Entonces traíamos ese maíz para consumo. Éramos siete hermanos y duraba dos o tres meses.

Otros espacios para la compra de maíz eran las plazas o tianguis, principalmente la de los lunes de Ixmiquilpan⁶ y la de los domingos en Cardonal. Ya en la década de 1970 era posible encontrar vendedores de maíz por cuartillo en Santuario Mapethé, además de un vendedor en la comunidad vecina de Pilas Yonthé.

Hacia mediados de los años setenta, según cálculos del maestro Hermenegildo, se necesitaban dos o tres cargas de carbón para comprar unos 20 cuartillos de maíz. Considerando que el proceso productivo del carbón, como se revisó en el capítulo III, demora entre 20 y 25 días y su producción máxima promedio es de 13 cargas, es posible establecer retrospectivamente que se requerían entre 3 y 5 jornadas de trabajo en el carbón, para conseguir los 20 cuartillos de maíz, referidos por el maestro.⁷

La precariedad en el equilibrio producción/consumo que desde antaño experimentaron las familias de la comunidad El Boxo, es vital para entender el temprano imperativo de sus habitantes para recurrir a actividades asalariadas y, con ello, verse obligados a salir de la comunidad. Pero, es necesario historizar los modos en que la

⁶ La Plaza o Tianguis de los lunes en el centro de la cabecera municipal de Ixmiquilpan ha sido, desde su fundación en 1552 por el corregidor Orduño de Ibarra, fundamental en el comercio y, más generalmente, en las dinámicas económicas regionales. En un comienzo, esta plaza fungió como centro articulador del comercio y el abasto para los emprendimientos mineros coloniales del Valle del Mezquital y Zacatecas y, ya en la etapa republicana, como articulador de las porciones centro y norte del Valle. Con posterioridad a la irrigación de la porción sur del Valle, en el siglo XX, la plaza sirvió como centro para la venta de producción agrícola y artesanal. Aquí llegaban acaparadores e intermediarios de la Ciudad de México. Hacia la década del setenta de ese siglo, la plaza fue centro también para la contratación de mano de obra jornalera para el pizque de granos y hortalizas y el corte de alfalfa (Carton, 1982; Paré, 1977). Desde esa década, la plaza ha sido también la principal vía de introducción de mercancías exógenas al Valle (“fayuca”), por medio de las cuales se han modificado los patrones de consumo en la región.

⁷ A partir de los mismos criterios establecidos anteriormente, vale decir, estimando un consumo de 2.5 kilos destinados a la elaboración diaria de tortillas para el consumo de una unidad doméstica de cinco integrantes, los 20 cuartillos de maíz equivalentes a 2 o 3 cargas de carbón, alcanzarían para cubrir 12 días de consumo de la unidad.

heteronomía material se fue haciendo mayor entre los habitantes de la comunidad. En este capítulo, y en el siguiente, me concentraré en dicho aspecto.

Los padres de los actuales ancianos de la comunidad, accedían a algunos trabajos asalariados en la pequeña minería de plata, plomo, zinc y caliza de las inmediaciones de Cardonal⁸ u ocupándose temporalmente como jornaleros en espacios de cultivo sin riego pero de alta producción agrícola, denominadas en la región joyas, generalmente ubicadas entre cerros con nacimientos de agua de manantial.⁹ El trabajo como jornalero agrícola no siempre se desarrolló a cambio de salario, en ocasiones éste era reemplazado por el pago en cuartillos de maíz.

Una de las joyas cercanas a la comunidad, donde se emplearon los padres de los actuales ancianos, así como algunos de ellos en su infancia y juventud, fue el Rancho de San Juan, de propiedad de Alberto Ramírez Bautista, cacique del Alto Mezquital y presidente municipal de Cardonal en tres ocasiones (1932-33/1940-41/1944-45). En el Rancho de San Juan se producía maíz, frijol, alfalfa y cebada. Además, en su propiedad, Ramírez Bautista criaba ganado ovino y, en menor medida, bovino. Para el trabajo de pastoreo en el Rancho de San Juan se contrataban niños y niñas, hoy adultos mayores de El Boxo.

Entre los relatos de los ancianos de la comunidad respecto de las ocupaciones de sus padres, pude localizar a un comerciante. Éste recorría, a lomo de burra la Sierra Gorda hidalguesa, revendiendo mercancías producidas en Santuario Mapethé, tales como textiles (cobijas, jorongos y sarapes) y herramientas para el trabajo agrícola. Además, entre sus mercancías, vendía algunos productos de recolección del Valle del Mezquital, especialmente hierbas medicinales.

La mínima vinculación con los mercados de trabajo asalariados que establecieron los padres de los que hoy son ancianos en la comunidad, debe entenderse en el marco de las condiciones institucionales y estructurales de la región y sus mercados de trabajo. Con excepción de las pequeñas y medianas explotaciones mineras de Cardonal, ya decadentes hacia los años cincuenta del siglo pasado,¹⁰ y de la pizca en

⁸ Los dueños de pequeñas explotaciones mineras de Cardonal establecían faenas también en otros municipios del Valle del Mezquital, como Zimapán o Huichapan. Por ello, es reconocible en algunos relatos de los mayores de la comunidad, trayectorias laborales en la minería que incluyen otros municipios a los que iban llevados por los mismos patrones.

⁹ A ello hay que sumar algunas migraciones menores de jornaleros agrícolas a espacios más distantes como los de la Vega de Metztlán (municipio de San Cristóbal).

¹⁰ Por esos años parte importante de las minas estaban abandonadas. Sin embargo, en la década posterior existió un nuevo auge de la minería de oro y caliza especialmente en la comunidad San Clemente (próximo a Santuario Mapethé) y San Miguel Jigui (próximo a la cabecera municipal de Cardonal).

pocos ranchos existentes hacia la Sierra; en la primera mitad del siglo XX, no existía en las cercanías de la comunidad, ninguna actividad económica importante en la absorción de mano de obra asalariada. Las distancias hacia otros poblados y, más aún hacia Ixmiquilpan —el principal centro urbano de la región—, se acrecentaba por la mala calidad de los caminos o, de plano, por la ausencia de éstos. Entre El Boxo y Santuario, salida hacia Cardonal y su cabecera municipal, no existió camino sino hasta la década de 1950, misma década en la que se abrió el camino entre la comunidad y la de Pilas Yonthé. Mientras que hacia el norte la antigua carretera que comunicaba El Boxo con Nicolás Flores comenzó a abrirse en 1975, llegando en aquel año hasta la comunidad de La Unión (conectando además El Boxo con Tixqui, Barrio del Tixqui y El Potrero).

Tanto la situación de los mercados de trabajo, como las de la conectividad comenzaron a cambiar en la segunda mitad del siglo XX. Las obras de regadío en el bajo Mezquital habían promovido un despertar agrícola de la región que, en esas décadas pasó a ser denominada el “Granero de Hidalgo” (Peña *et al.*, 2013).¹¹ Gracias al reparto agrario y a la progresiva ampliación del territorio irrigado, se extendió la producción agrícola comercial de alfalfa, jitomate, tomate, chile y ejote; al mismo tiempo que se amplió el cultivo de maíz, avena, cebada y frijol.¹² Aun

¹¹ A finales del siglo XIX comenzó la construcción de un sistema de evacuación de aguas de desecho de la Ciudad de México hacia el Mezquital mediante el túnel de Tequixpac. El crecimiento de la capital mexicana, significaba también el aumento en la disposición de agua para nuestra región de interés que, tempranamente, comenzó a emplear dichas aguas en un importante despertar agrícola. En 1894 los municipios de Actopan y Mixquiahuala solicitaron a la Junta Directiva del desagüe, el permiso para el uso y aprovechamiento agrícola de las aguas (Arroyo, 2001). A comienzos del siglo XX, “en 1904 se inicia la operación del que sería posteriormente el Distrito de Riego 003 (Tula), aunque formalmente el acuerdo presidencial que lo establece como distrito no se aprobó hasta 1955. Esto fomentó un cambio en la agricultura de la zona, de ser una temporalera a convertirse en una zona de riego con aguas residuales. Con el sistema Taxhimay-Requena, a finales de los treinta, el riego se hizo generalizado en la zona, lo que marcó una tendencia hacia el acelerado crecimiento demográfico [...] debido a sus especiales condiciones y a una época de auge de la agricultura, marcada sobre todo por esta expansión de áreas de riego [...] Con la construcción y puesta en marcha del drenaje profundo creció la captación del sistema de desagüe de la capital, pero sobre todo permitió mantener una mayor cantidad de recursos hidráulicos disponibles [para el Valle del Mezquital], pues el drenaje profundo desemboca su caudal en la presa Endhó a partir de 1975 [...] Por el crecimiento del servicio de drenaje de la Ciudad de México, así como el incremento demográfico de la misma [...] se valida que el distrito dispondrá siempre de volúmenes crecientes de líquido para riego agrícola” (Peña *et al.*, 2013: 49-53).

¹² Entre las décadas de 1960 y 1980, los estudios socioantropológicos en el Valle del Mezquital distinguieron una zona irrigada de otra árida, para dar cuenta de los procesos diferenciales de transformación. Así se apuntó que en una parte de la región, gracias al riego, se desarrollaba un acelerado

cuando continuó destinándose parte mayoritaria de la tierra laborable al maíz, el cultivo que mayor ampliación mostró fue la alfalfa. Derivado de la ampliación de la tierra cultivable y la diversificación de los cultivos, la zona irrigada del Valle del Mezquital se transformó en una región de atracción de mano de obra jornalera, tanto del interior del mezquital como de otros estados de la República. Particularmente, como documentaron Paré (1977) y Carton (1982), la producción y cosecha de jitomate y la de chile eran las que más requerían de jornaleros migrantes. En las temporadas de cosecha de estos cultivos, las exigencias de mano de obra rebasaban la oferta de trabajadores del Valle, por lo que llegaban a los campos de Ixmiquilpan o Actopan cientos de jornaleros provenientes de otros estados del país.

Aunque más distantes de la comunidad de El Boxo, otras dinámicas económicas que comenzaron a transformar el mercado de trabajo en el Valle del Mezquital, se relacionan con el desarrollo de la industria cementera, energética y manufacturera. Las dos primeras con presencia en la zona de Tula¹³ y, la tercera, vinculada a Pachuca y al Corredor Industrial de Ciudad Sahagún.

Entre los aspectos que proporcionaron cambios en los mercados de trabajo regionales, especial atención debe otorgarse al proceso de desarrollo de las vialidades que brindaron mayor conectividad tanto al interior del Valle, así como entre

proceso de consolidación de un capitalismo agrario, con concentración de tierra, emergencia de burguesía agraria, amplio sector jornalero asalariado y presencia de producción agrícola en mercados nacionales. Mientras tanto que, en la otra zona, persistía una agricultura de temporal e infrasubsistencia, frente a la cual la migración laboral de sus habitantes se configuraba como la principal base de reproducción económica (cf. Finkler, 1974; Martínez Assad y Canabal, 1973; Boege, 1974; Calvo y Bartra; 1975; Carton, 1982). Aun cuando dichas tendencias persistieron, la diferenciación entre zona irrigada y árida se fue haciendo cada vez menos exacta en el Mezquital. Esto se debió a la progresiva ampliación del riego. Mientras en 1931 se irrigaban 12 mil hectáreas, en la década del 70 dicha porción se extendió a 70 mil, para llegar a la última década del siglo XX con más de 90 mil hectáreas irrigadas (Fabrè, 2004). Con ello, “la condición de aridez quedó reducida a unos cuantos municipios de la región como Cardonal y, parcialmente, Santiago de Anaya y Tasquillo” (Mendoza, 2006: 128). Al interior de los municipios de la región el acceso al riego es diverso, existiendo algunos como Francisco I. Madero, Mixquiahuala de Juárez, Chilcuautla o Ixmiquilpan que, según datos de 2012, cuentan con una superficie superior al 70% de su tierra de cultivo irrigada. Contrastantemente, existen en la región otros municipios, como Huichapan o Cardonal, donde el riego es prácticamente ausente o alcanza a cubrir una superficie no superior al 7% del territorio cultivable (cf. Contreras, 2014).

¹³ La presencia de la industria cementera en el Valle del Mezquital, como trataré en el capítulo VIII, tiene larga data y experimentó un crecimiento significativo ligado a los requerimientos de la industria de la construcción en el periodo histórico reconocido como el Milagro Mexicano y el consecuente crecimiento de las ciudades del centro del país. Respecto de la industria energética, en 1974 comenzó la construcción de la refinería Miguel Hidalgo, en Tula, que inició operaciones en 1976.

éste, la Ciudad de México y la zona metropolitana. A este respecto, el trabajo del Patrimonio Indígena del Valle del Mezquital fue fundamental. Desde su fundación, el Patrimonio contó con una oficina técnica de conexión y caminos (Tranfo, 1990 [1974]) que, a mediados de la década de los setenta había logrado la apertura de rutas a gran parte de las comunidades y poblados de la región, conectándoles con las principales ciudades intermedias del Valle y del estado. Como apuntó Serrano Avilés (2006: 87),

habrá que reconocer que [para las décadas finales del siglo XX] en todas las localidades [...] la inversión pública aplicada en el desarrollo de infraestructura como caminos, ha sido garantizada por la ubicación estratégica del Patrimonio Indígena del Valle del Mezquital. Tal vez a eso se deba que no hay ningún pueblo que carezca al menos de camino de terracería.

La apertura de vías de comunicación y la mejoría en éstas permitieron la instalación de empresas de transportes que comunicaban, aunque con baja frecuencia, los poblados y comunidades cercanos a El Boxo con Ixmiquilpan. Este elemento es fundamental, ya que pese a la ampliación regional de la oferta de trabajo asalariado antes descritas, para el caso de los trabajadores de la comunidad, las migraciones laborales se establecieron, desde mediados del siglo XX, fundamentalmente hacia la Ciudad de México, para integrarse como albañiles a la industria de la construcción.¹⁴

Estas vías de comunicación posibilitaron el establecimiento de ciclos migratorios temporales subordinados, la mayoría de las veces —y especialmente entre los ejidatarios— al ciclo agrícola. El aprender el oficio de albañil, “el hacerse macuarro” y “andar de macuarro”, en una parte del año y; la otra, volver al trabajo campesino, fue la primera desestabilización en la identidad productiva. En este ir y venir, los trabajadores de El Boxo no se hicieron ni proletarios ni dejaron de ser campesinos. Karl Kautsky (2002: 226) ya había descrito este proceso señalando:

Pero no se hallan siempre numerosas ocasiones de trabajo suplementario y no siempre alcanzan para satisfacer la necesidad de dinero de los pequeños campesinos. Cuando el ingreso accesorio no le es ofrecido al campesino, a éste no le resta otro recurso que

¹⁴ La apertura de caminos y transporte público para bajar desde El Boxo a Ixmiquilpan es importante para comprender la migración desde la comunidad hacia la Ciudad de México. En 1936 se había interconectado Ixmiquilpan con la Ciudad de México, a través del paso de la carretera México Laredo. Llegar a Ixmiquilpan era la única forma de salir, desde este rincón del Valle del Mezquital, hacia la capital del país.

marchar a buscarlo, aun a costa de separarse temporariamente de su tierra. Cuanto más se desarrollan los medios de comunicación modernos, [...] tanto más fácilmente el campesino se decide a dejar su aldea, al menos temporalmente, y aun se atreve a aventurarse más lejos. Una parte de la familia del pequeño campesino —naturalmente, la que tiene mayor capacidad de trabajo— va y viene periódicamente para procurarse la alimentación y para ganar además un poco de dinero para toda la familia. Es solamente esta forma de emigración temporaria y no la permanente la que aquí nos interesa, pues en esta parte no estudiamos las formas de proletarización del campesino, sino aquellas mucho más importantes en las que el campesino conserva las características exteriores que ha tenido hasta ahora, pero que comienza a asumir las funciones del proletariado.

¡Y QUE ME VOY A MÉXICO!

Yo los vi ahí, estaban echándose unos pulques en Santuario. Esos chavos estaban bien vestidos y se veía que traían su dinero. Era porque trabajaban en México. Me invitaron a tomar con ellos. Yo les pregunté: ¿y hay trabajo allá donde están ustedes?

—Que sí. Que hay un chingo de trabajo.

Y me dijo uno, ¡vámonos! Pos vamos. Ahí que me gustó a mí, ¡y que me voy a México!

Tenía 14 años. Los otros chavos tendrían unos 20. Ahí llegamos a México, a Polanco. Unas obras que había.

Y ahí, ¿pos dónde me quedo? No conocía nada México. Pos en la obra. Así lo hacían los otros chavos. Ahí conocí otro chavo, Alberto se llamaba, no sé si todavía viva, tenía como 18 años. Me decía:

—¿No te gusta estudiar? ¿No?

—¿Cómo no? Que sí, le dije. Vamos a la escuela entonces me dijo.

—¿A poco tienes clases?

—Que sí.

Ahí comencé a ir a la escuela con él. Pero ahí me regué. Yo solito, mientras más conocí México más me regué. Conocí un señor de acá de Barrio de Tixqui. Ahí el me enseñaba porque yo era su chalán en la obra.

—¿Pa' qué estudias? Me decía, ¿A poco no sabes trabajar? ¡Pos sí chingao'!, ya le sabes. Ya te puedes defender, ¿o a poco no te he enseñado?

Pos sí le decía. Entonces dejé de ir a la escuela.

De esa vez que me fui fueron seis meses. De ahí regresé acá y me metí en las minas de vuelta. Ahí me quedé más tiempo en la mina. Antes siempre trabajé en

las minas. Ahí aprendí el castellano. Con los patrones que eran buenos, los de las minas. Ahí cuando volví, don Ramón, el patrón de la mina, me decía:

—Oye chingao', ¿para qué te sales? ¿A qué te vas pa' México cabrón?, tú chíngale al trabajo. Órale, necesito metales...

—Pero me pagas bien barato, le decía.

—¿Ya aprendiste el gusto del dinero chinga o qué? Me decía don Ramón. Pero acá bien cerca de tu casa estás, no sufres... allá tienes que pagar comida y de todo y acá qué, acá no te falta nada.

Estábamos unos meses por minas de San Clemente, otros por San Miguel. Entonces entrábamos a las siete de la mañana. A la una comíamos. Mis hermanas me llevaban mi comida. A las dos volvíamos a la mina y hasta las cinco.

En la mina era bueno. Te daban las herramientas. Una barrena, una pala. Nos vendían la pólvora por kilo. Una pólvora así tipo caña que había. También el fulminante por kilo y la mecha por rollos, vendían. Pero duraban mucho, varios meses.

A las minas llegaba gente a trabajar a sacar piedra, como yo. Otros nada más para acarrear. Tenían que llevar sus propios animales para llevar el mineral hasta Cardonal. En ese tiempo no tenía camino hasta la mina. Otros les pagaban por andar fijando el cerro, poniendo postes y entarimados para atrancar el cerro y que no se viniera abajo cuando las explosiones.

Nos pagaban por toneladas. Así cada 15 días llegaban a pesarte lo que habías sacado. Supóngase 70 u 80 toneladas. Dependía de la veta. En unas no más metías la barreta y sabías que la veta era buena. Ahí el patrón te pagaba lo que habías hecho los 15 días. Podías ir a la plaza de Cardonal de los domingos que se ponía bien bonita. Estaba chingón ese trabajo, pos a mí me gustaba.

Pero entonces llegó el momento que dijeron que iban a cerrar, que iba a parar la mina. Que iba a ser no más un tiempo. Pero hasta hoy nunca más se abrió. Se abandonaron, después los patrones murieron. Don Ramón me había ofrecido para llevarme a Zimapán y yo no había querido. Pero después supe que allá también paró.

Cuando paró la mina, ¿pos pa' dónde? Varios de los de las minas se fueron al Rancho de don Beto [Alberto Ramírez Bautista, Rancho de San Juan]. Ahí me fui también. Ese trabajo no era de don Beto, era de su señora que vivía en Cardonal, porque este viejo ocupaba la gente, era bien canijo. Persona que llegaba, fuera hombre o mujer le daba trabajo pero era bien mañoso el pinche viejito. Pagaba poco y daba de comer nomás una tortilla, una tortilla nomás, con quelites de ahí de las milpas y nomás daba pulque revuelto con agua. No pos así no era bueno. Después que te pagaba, ¿qué? Pos tres o cuatro pesos, pero había que ir hasta Cardonal porque era allá que pagaba su señora. A mí no me gustaba.

Ese Beto era bien abusivo, tenía un buen de hectáreas. Todos esos cerros [norte de la comunidad de El Boxo] hasta el otro lado eran de él. Como fue presidente municipal podía abusar de la gente aquí que no tenía nada más para trabajar. Por eso después los de Tixqui empezaron a pelearle los terrenos.

A mí no me gustó trabajar con ese viejito y entonces que me voy pa' México de nuevo. Ahora llegué cerca de Tacuba. Ahí me renté un cuartito y pagaba como cuatro pesos. Comencé a trabajar en una compañía que piloteaba con bomba los edificios del Seguro que estaban construyendo. Ya ve que allá en México hay pura agua, había que sacar el agua para construir los edificios. Más de 60 metros de profundidad para bombear el agua y meter castillos de los edificios. Ahí aprendía a usar esas máquinas grandes para sacar el agua.

En esa compañía anduve trabajando varios años. Iba y venía. A mí siempre me ha gustado sembrar. Entonces en tiempos de siembra les decía a los maestros encargados de la obra. ¿Sabe qué? Ya me voy a ir a sembrar a mi tierra.

—¿Cuántas semanas vas?

—Pos unas cuatro, les decía.

—Pos vete, no más cuando vuelvas nos vienes a ver. Me decían los maestros.

En ese tiempo México tenía un chingo de trabajo. Para donde le mirara había obra. Varios de aquí Santuario, Tixqui, Pilas, Piedra Chica, Decá, nos encontrábamos por allá. *Todo andaba trabajando allá*. Armábamos barbacoa en México. 'Tonces algunos que venía acá llevaban su pulque. Pero después me encontré un señor de Actopan allá en México. Y que me dice:

—Pos pa' qué chingado andan encargando pulque de allá. Aquí también hay pulque bueno.

Ahí nos llevó a Magdalena Contreras. Pura milpa que era ahí. Harto maguey. La gente raspaba. 'Tonces ya nos íbamos cada semana a buscar nuestro pulque allá.

Pero como le digo, México todo había mucho trabajo. México estaba tranquilo. Por eso podíamos venir y volver a ir, para ver las familias, la milpa y después para tener trabajo allá. En ese tiempo le tocó de presidente a López Mateos (1958-64). Le tocó parar harto edificio. Entonces había un chingo de trabajo. Y después ya no hubo, después ibas pero tenías que buscar más.

Yo seguí yendo pero ya no era lo mismo. Porque allá no había tanto trabajo y porque ya me había comprado mi tierra. Antes nada más venía a sembrar la tierra de mi papá y con mi hermano que sí es ejidatario. A veces le sembraba a un señor que era dueño de acá donde vivimos ahora. Ahí le compré este terreno en 1964.

Aquí en el pueblo era bueno. El Boxo siempre tenía más humedad. Más agua. Año con año tenía su siembra. En Santuario y para abajo no es así. Por eso me

gustó acá en este pueblo. Ahí ya tuve la familia, iba a México pero me venía para trabajar la tierra más seguido. Hasta que ya no hubo más trabajo allá.

¡FELICIDADES, QUE YA SACAMOS UN NUEVO ALBAÑIL!

Aquí siempre hubo como quien dice mucha pobreza. Nosotros éramos así de andar descalza. Ya era un sueño comprarnos los huaraches. En aquel tiempo era más de una o dos cargas de carbón comprar unos huaraches. Hasta Cardonal íbamos así no más sin zapato por las piedras, los cardones, ¡imagínese! No pos en ese tiempo estábamos bien jodidos, porque aquí no había nada de trabajo. Dónde conseguir un dinero, no había. Por eso algunos, antes así de la edad de nuestros papás, ya se habían empezado a ir a México. Allá ya conseguían su chamba y podían traer algo de dinero para la familia, para comprar lo mínimo de acá que era maíz y el combustible para alumbrar lo que cada quien tenía, sus casitas, así de penca [de maguey], allá en el cerro.

Cuando yo fui a México tenía 17 años, ni conocía yo cómo hacer la mezcla ni conocía yo cómo hacer una revoltura y no pos, ¿cómo lo saqué?, ¿de dónde? Si acá casi no había albañil, así macuarro, puro carbonero que había.

Nos fuimos allá con mi carnal que es mayor, un poco mayor que yo. Por ahí del 1977 nos fuimos.

Llegué y encontré un albañil y anduve con él un año así, de chalán. Después con otro, también cerca de un año. De ahí después encontré un otro albañil, otro maestro que tenía otra obra grande que era por destajo, o sea que agarraba una obra por un tanto pues. Y entonces, me decía:

—No pos, ¿sabes qué?, órale, tú chavo vas estar con los dos maestros y entonces, propone dos chalanes y dos maestros. Tú vas a atender la mezcla y tú la vas a atender la piedra, ándale.

No pos, nosotros atendíamos piedras, no pos piedras, pinches piedrotas así, con carretillas y órale. Órale maestro,

—No pos trae más.

Te decía:

—A ver chalán, tráeme esa piedra, ándale tráeme esa, tráeme otra... no pos ya.

Tonces yo empezaba yo a buscar las piedras que más o menos no le costaba pegarlas al maestro, que se ajustaban pues, y ya más o menos vio que estaba aprendiendo.

—No, tú sí lo sabes hacer cabrón, tú sí lo sabes trabajar, me decía el maestro.

Entonces ya después, me dice:

—¿Oye, por qué tú no puedes agarrar la cuchara así como maestro?

No pos es que me da pena.

—No, pena sólo robar. Pos no, si ya le sabes, ya mejor ponte de maestro.

Yo ya tenía 20 años.

—¿Cuántos años andas de chalán? Me preguntó el maestro.

Tres años, ahí le dije.

—¿No manches? Yo duré no más tres meses. Para tres años y ya estuvieras de maestro me dijo.

Préstame una cuchara, ésa que utiliza pa' sacar la mezcla, y yo lo pego la piedra, le dije.

—¿Sabes qué? Te voy a regalar un martillo, una cuchara, una broca de así de mano. Te lo regalo esto y sale tú a trabajar.

Los otros me dieron una maceta y un cincel.

—Pos órale, me dijo. Mira yo te voy poner tu plomo, me vas a pegar estas piedras acá. Agarra a tu carnal de chalán.

Yo ni sabía ni mandar. Tampoco así de decir: vas ¡échame la piedra! ¿Sabes qué? Pos haz la mezcla. Pos no, yo no sabía así de mandar, me daba pena. Entonces le decía a mi carnal, arréglame las piedras y así. Ya después que llega el ingeniero. Yo me llevaba con él. Él me decía por mi apodo que me habían puesto, me decían Chato. Y me dice:

—Órale y este albañil. Órale Chato. ¡Qué bonito, así se trabaja chingao! Ora sí te vamos a festejar.

El primer semana y que me festejan de albañil. No pos me compraron sus caguamas, su comida, ahí era día sábado, y comimos.

—Orále pos, ¡felicidades, que ya sacamos un nuevo albañil!

Como al mes ya que me llevan a pegar unos azulejos en unos baños, unos detallitos. Yo nunca había pegado nada de eso, llego y los pego. Después llegó el ingeniero y me mandó hacer unos letreros de azulejos. Unos azulejos que ya venían con letras, así tipo talavera. Ahí que hago los pinches letreros y ahí sí. ¡No'mbre! Ora sí que me hice albañil, gracias a estas gentes que conocía allá en México.

Después me dejaron una obra más grande de encargado, para unos locales. Eran como de cinco o seis cuartos.

—Tú te vas a encargar de esto. ¿Pero sí lo vas a hacer? Me dijo el ingeniero.

—Pos sí, ¿cómo no?

Si me estaban dando esa oportunidad cómo no lo iba a hacer. Pos no, ahí había que demostrar.

Y entonces los otros maestros más chingones na' más me venían a supervisar. —Órale pinche viejito, si ya le aprendió.

Antes, de chalán me pagaban la mitad de lo que ganaba después de albañil. En ese tiempo venía cada 15 días o un mes aquí en la comunidad, a ayudar a mi difunto papá en la milpa. Les dejaba un dinero yo. Pero nunca me dejaba así de no venirme acá al pueblo.

Cuando ya se murió mi difunto papá, me vine. Me dijo antes, te vas a encargar de ver los terrenos. Por eso me quedé como ejidatario, como mi difunto papá que era ejidatario, y compré otra pequeña propiedad de ahí frente del ejido y unos animales, para cultivo y para el carbón. Entonces ya casi no radiqué en México, na más *anduve* aquí o me iba a Pachuca, a Santuario, así en obras, de macuarro pues, o donde había chambita pero no tan lejos. Y así hasta que después me crucé pal otro lado [Estados Unidos], por ahí de 1985.

LA AMBIGUA VALORACIÓN DEL TRABAJO CAMPESINO

Ambos relatos pueden considerarse arquetípicos en las trayectorias laborales que comenzaron a establecer los habitantes de El Boxo, desde mediados del siglo pasado. El primero corresponde a don Patricio Callejas, nacido en 1927 y; el segundo, a don Arón, nacido en 1960. Mientras la experiencia de don Patricio es la de aquellos que iniciaron la migración a la Ciudad de México, la de don Arón es la de la generación posterior que consolidó, para los habitantes de la comunidad, a la capital del país como espacio central en el repertorio de formas de ganarse la vida.

Ambas generaciones marcaron un punto de inflexión respecto de la relación que establecían los habitantes de El Boxo con los mercados de trabajo. Desde entonces el “andar trabajando”, fue primordialmente el andar fuera de la comunidad. Hacia la década del cincuenta y sesenta del siglo pasado comenzó a hacerse cada vez más común que los hombres jóvenes migraran a la Ciudad de México a trabajar, como obreros de la construcción, en temporadas que alternaban con los principales momentos del ciclo agrícola. Esta migración, pauteada temporal y espacialmente por el calendario agrícola, respondía a dos necesidades/obligaciones: llevar dinero a la comunidad y trabajar la tierra familiar.

Como ha mostrado Arias (2009: 83) el establecimiento de la Ciudad de México como principal espacio para la migración temporal, así como la incursión de los

trabajadores en el sector de la construcción, no fue particular a los trabajadores de El Boxo. Para muchos trabajadores rurales el sector de la construcción en la Ciudad de México fue un nicho laboral que, a la vez que demandaba grandes contingentes de trabajadores de origen rural, les permitía a éstos regresar a sus pueblos durante las lluvias, periodo durante el cual se requería su presencia en la siembra del campo y, al mismo tiempo, disminuía la demanda de obreros de la construcción en la capital. Sobre este punto, y para el caso específico del Valle del Mezquital, Carton de Grammont (1982: 87), apuntaba que

En temporada de lluvia el peón eventual que tiene tierras se queda en su pueblo para cultivar su parcela pero también porque en este mismo periodo disminuye el trabajo de construcción en la ciudad. En temporada de sequía aumenta la migración a la ciudad porque no hay trabajo en la unidad de producción campesina y aumenta la actividad en el sector de la construcción urbana.

La experiencia migratoria de las generaciones de don Patricio y don Arón, impactó en la comunidad en varios niveles. Ésta marcó la progresiva e irreversible monetización de la economía local, expresada, por ejemplo, en el gradual abandono de prácticas de trabajo mancomunado, de “mano vuelta” o “prestada de fuerzas” en las milpas o en la construcción de casas. Pero además propició una vía de vinculación con el mercado de trabajo sin el abandono definitivo del terruño ni de la economía campesina. La construcción de las casas da cuenta del compromiso con el primer aspecto, permanecer en El Boxo; mientras que la compra de tierra en la comunidad y el retorno a ésta para heredar derecho ejidal, da cuenta del segundo (profundizaré en estos aspectos en el capítulo siguiente).

La vinculación con los mercados de trabajo fuera de la comunidad y el establecimiento de ciclos migratorios ceñidos al calendario agrícola, no sólo propiciaron que la dimensión del arraigo se acentuara por sobre la de la diáspora, sino que además viabilizaron la reproducción de la propia economía campesina en El Boxo. En primer lugar, permitieron que un sector de la comunidad —la familia del migrante— permaneciera en ésta atendiendo los cultivos. Gracias a los salarios que obtenían los trabajadores en la Ciudad de México, las familias podían comprar la porción de maíz que no producían, además de acceder a otros alimentos y mercancías. Entre ellas, la compra de combustible para iluminación, vestimentas y utensilios para casa (en especial aquellos utilizados en la preparación y el consumo de alimentos).

En segundo lugar, porque —aun estando orientado exclusivamente al autoconsumo— el proceso productivo campesino es, a la vez, productivo y consuntivo. Vale decir, en tanto proceso productivo, el trabajo campesino requiere insumos, algunos de los cuales no son producidos por el propio campesino y deben comprarse fuera de la comunidad. Entre estos insumos, pueden considerarse herramientas, cuerdas, costales para el guardado y transporte de cultivos, además de abonos y otros productos del paquete tecnológico introducido al Valle del Mezquital en los años setenta e incorporados paulatina y discontinuamente en algunos espacios de cultivo de temporal como El Boxo. En el ámbito de lo consuntivo del proceso de producción campesina de la comunidad, debe incorporarse además la compra de alimentos para animales en tiempos de seca.

Finalmente, en tercer lugar, la migración temporal de trabajadores a la Ciudad de México viabilizó la reproducción de la propia economía campesina en El Boxo, porque permitió su mantenimiento y, en algunos casos, su ampliación. Como se muestra en los dos relatos expuestos, parte de los salarios conseguidos por el andar trabajando en la ciudad permitieron la compra de tierras en la comunidad y de animales para el trabajo campesino de siembra y producción de carbón. A este respecto las tempranas reflexiones de Kautsky (2002: 230-231) ayudan a entender cómo la migración temporal de campesinos a los centros industriales podía promover la permanencia y la relativa consolidación de la pequeña propiedad. Los trabajadores temporarios, decía Kaustsky:

regresan a sus hogares con regularidad y destinan sus ahorros a su pequeña hacienda [...] para sostener a la familia que no puede vivir de su pequeño predio [...] A pesar de la miseria del campo, muchos regresan a la tierra donde nacieron; regresan para casarse o para heredar, para recobrar la pequeña propiedad paterna, y traen consigo sus ahorros que mantienen por un tiempo más esa explotación amenazada por la ruina y permiten a más de una pequeñísima hacienda la compra de nuevas tierras, de una vaca, la reparación de una choza en ruinas [... En conjunto, todo] eso consolida la pequeña propiedad agraria.

En México, esta tesis fue confirmada por los estudios de migración campo-ciudad (Arizpe, 1985; Guerrero, 1977). No obstante, el equilibrio temporal entre el trabajo en la parcela y el trabajo como asalariado fuera de ésta, más aún en espacios distantes de los pueblos del campesino, fue provisional (cf. Arias, 2009). La necesidad cada vez mayor de mercancías y, consecuentemente, de dinero para adquirirlas, redundó en que la producción de autoconsumo de la milpa y la pequeña producción mercantil fueran relegadas temporal y económicamente por los

campesinos que buscaron resolver, cada vez con mayor intensidad, sus formas de ganar la vida en los mercados de trabajo asalariado.¹⁵

Para el caso de El Boxo, el acceso relativamente constante a empleos asalariados fuera de la comunidad comenzó a diferenciar temporal, espacial y económicamente, dos tipos de ocupaciones. Aunque el calendario agrícola siguió preponderando en la organización del ciclo anual de los habitantes de las generaciones referidas; el trabajo, y el interés por ocuparse tuvo cada vez más un fin económico. De esta forma se propició una diferenciación entre la dimensión reproductiva del trabajo campesino en la comunidad y el trabajo productivo fuera de ésta, ligado a la obtención de salario. A medida que la heteronomía material se hizo mayor, esta desvinculación se profundizó.

Hacer carbón era, como lo expresó el maestro Hermenegildo, el “único *trabajo económico*” que se tenía en la comunidad y con eso no alcanzaba. Pero además algunos de los espacios cercanos de trabajo asalariado que habían marcado las trayectorias laborales de la generación anterior a la de Don Arón, ya habían colapsado. Las minas, como el propio relato de don Patricio lo expresa, habían cerrado y el perfil minero de esa parte del Valle no se recuperó. Las joyas dejaron de ser atrayentes de mano de obra jornalera porque algunas ya no fueron productivas y se abandonaron, mientras que otras, fueron entregadas a ejidos o, como el caso del Rancho de San Juan, fueron vendidas a pequeños propietarios. Por más de tres décadas, la Ciudad de México fue para los trabajadores de El Boxo el principal, si es que no el único, espacio donde adquirir un “trabajo económico”. De ahí que andar trabajando fuera de la comunidad era esencialmente, por aquel tiempo, andar de albañil o macuarro y, en menor medida, de empleada doméstica,¹⁶ en la capital del país.

Desde entonces, es posible imaginar, comenzó a emerger una relación contradictoria o ambigua respecto del trabajo campesino. Por una parte, la economía campesina se valoraba al punto que se compraba tierra para sembrar o se abandonaba la trayectoria migrante para asumir derechos y obligaciones ejidales por herencia. Pero, por otra, como se aprecia en la primera parte del relato de don Arón,

¹⁵ Volveré a la discusión teórica sobre este punto, en el apartado “Consecuencias espacio-temporales del andar trabajando” (capítulo V).

¹⁶ Hacia la década de 1970 comienza a registrarse la incorporación de mujeres de El Boxo a la migración a la Ciudad de México. Ellas se ocupaban en el servicio doméstico y retornaban a la comunidad, la mayoría de las veces, para contraer matrimonio. Una vez casadas la movilidad laboral de las mujeres era casi siempre bloqueada (volveré a este punto en el apartado “Para tener lo de una”, capítulo VI).

se entendía la imposibilidad de vivir sólo de la tierra. En otros términos, se asumía la, cada vez mayor, dependencia del empleo asalariado.

Las necesidades de los habitantes de El Boxo, propias de la precariedad en el equilibrio entre producción campesina y consumo, así como todas aquellas emergentes de un vínculo cada vez mayor con la economía capitalista, no podían resolverse desde el trabajo campesino de autosubsistencia. La limitada capacidad en la producción local de mercancías o la mínima y discontinua vinculación de la producción local (considérese: carbón, ganado ovino y caprino, artesanías, piñón), con los mercados, hizo a los campesinos de El Boxo trabajadores libres, en el sentido marxista del término, antes —o sin la necesidad— de despojarles de su tierra, porque de ésta no podían vivir. Para los campesinos de El Boxo, la necesidad de dinero se podía resolver sólo en su condición de trabajadores libres, vale decir, como poseedores de fuerza de trabajo, como ofrecedores de trabajo fuera de la comunidad, en la Ciudad de México donde había “un chingo de trabajo”, donde el desarrollo estabilizador mexicano generaba un sinnúmero de procesos productivos ávidos de brazos.¹⁷

El valor de uso de la fuerza de trabajo de aquellos habitantes de El Boxo que comenzaron a migrar, se segmentó en dos espacios y tiempos. Uno, el de la comunidad y el ciclo agrícolas. Otro, el de Ciudad de México y sus obras. Entonces la ambigua valoración del trabajo campesino, que comienza a emerger desde los tiempos de las generaciones acá descritas, se relaciona con el dinero o, más específicamente, con la imposibilidad o la disminuida capacidad de obtener dinero desde la milpa o el bosque. En El Boxo, como dijo don Arón, “no había nada de trabajo. Dónde conseguir un dinero, no había”.

Quienes comenzaron a acceder a salarios adquirieron mayor capacidad de consumo, con la cual se promovió —como discutiré en el próximo apartado— una primaria diferenciación social y económica, a partir de la cual los más ricos ya no serán más, como lo expresaba el mismo don Arón, aquellos habitantes de la comunidad mayormente vinculados a la producción campesina. Por el contrario, en décadas ulteriores, tener al trabajo campesino como único o fundamental medio de vida, comenzará a ser sinónimo de pobreza, porque el acceso al dinero modificaba

¹⁷ “...un campesino semiarruinado que sólo saca de su parcela una pequeña parte del cereal que necesita y que obtiene el resto (aunque sea en cantidad menor y de peor calidad) mediante «ingresos ocasionales», suplementarios, no disfruta de bienestar, pero posee recursos monetarios [...] Los campesinos pobres, como consecuencia de la penuria en que viven, se ven indefectiblemente obligados a buscar medios de producción ajenos para aplicar su trabajo, es decir, a vender sus brazos (Lenin, 1969: 34-56).

las nociones de vida buena y bienestar que previamente habían orientado la vida social en la comunidad.

Los ricos de tiempos pretéritos, aquellos que según don Arón “sembraban milpa”, los que “hacían pulque solos, [los que] nunca sabía comprar pulque, nunca sabía comprar maíz”; dejaron de ser los ricos, porque el bienestar ya no podía entenderse fuera de la órbita del dinero. Desde entonces, los que antes eran percibidos como ricos, al igual que aquellos que antes eran percibidos como pobres, tuvieron que salir de la comunidad tras la procura de salarios.

DIFERENCIACIÓN SOCIAL PRIMARIA

Con la salida migratoria se modificaron las lealtades y las aspiraciones. Mientras la comunidad perteneció a Santuario Mapethé, los hombres debían acudir constantemente a faenas en beneficio del pueblo viejo. La ausencia de los hombres en la comunidad, redundaba en la ausencia en las faenas y, frente a ello, en sanciones por parte de los ciudadanos de Santuario hacia los habitantes de El Boxo. Esto incentivó la opción de separarse del pueblo antiguo y constituir una comunidad autónoma. A ello también respondió una modificación en el nivel de las aspiraciones.

La primera generación a la que nos hemos referido, la de don Patricio, no tuvo educación formal, siendo en su mayoría analfabetas. Estos habitantes de El Boxo, tuvieron como primera lengua el hñähñu y, algunos de ellos, adquirieron en su adolescencia o juventud, un dominio incipiente del español ligado a sus experiencias laborales, especialmente a partir de la migración a la Ciudad de México. La modificación de esta condición incentivó a esta generación a bregar por la instalación de una escuela en su comunidad. Formalmente, la instalación de la escuela en la localidad significó la separación respecto de Santuario Mapethé. La solicitud ante instancias de gobierno regional y federal, en particular, la insistencia ante los representantes del Patrimonio Indígena del Valle del Mezquital, resultó en que en 1960 se estableciera la escuela, provisionalmente instalada en casa de un vecino de la comunidad. Gracias a ello, la generación posterior —la de don Arón—, aunque siguió teniendo al hñähñu como lengua materna, adquirió mucho más temprano (en edad escolar primaria) el español y aprendió, prácticamente en su totalidad, a leer y escribir.

Al logro de separarse de Santuario Mapethé e instalar la escuela primaria en la comunidad, se sumaron nuevas gestiones para la construcción de los primeros salones de escuela y, quince años más tarde, la instalación del preescolar. A estas demandas y acciones por la mejora comunitaria, dirigidas por la gestión de ciuda-

danos de la generación de don Patricio, debe sumarse la mejora de la carretera, así como los más de diez años de gestión para la llegada de la energía eléctrica a El Boxo.

El acceso a trabajos asalariados, la progresiva monetización de la economía local y la modificación en el ámbito de las aspiraciones, se vieron reflejadas en una primaria diferenciación social entre aquellos que no migraban y los que sí lo hacían. Mientras los primeros continuaron dependiendo casi exclusivamente de la economía local y sus escasas y discontinuas vinculaciones al mercado, los segundos comenzaron a constituir sus medios de vida recurriendo al salario y, al cada vez mayor, consumo de mercancías.

También entre quienes migraban se evidenciaba aquella primaria diferenciación social. Para miembros de las generaciones acá referidas, dichas diferencias se vincularon con la capacidad de ahorro y el comportamiento de los trabajadores de El Boxo que migraron a la Ciudad de México. “Muchos se chingaron el dinero. Nada más les pagaban y se tomaban todo allá en México. Llegaban acá en la comunidad sin nada. Ahí las señoras bien pobres con un buen de chamacos tenían que seguir chambeando de la milpa, del carbón o de lo que fuera para tener para comer”, me había contado don Doroteo.

El consumo de mercancías, que tuvo quizá su efecto más notorio en la construcción de las casas con materiales exógenos (bloques de cemento, metales, láminas de zinc, etc.), fue la materialización de la primera diferenciación social a la que me he referido. Ésta se consolidará en décadas ulteriores y será más clara en la generación posterior, ligada al nivel de formación y la aparición de los primeros profesionistas en la comunidad. El maestro Hermenegildo sintetizaba este proceso señalándome:

Algunos del tiempo de nuestros padres lograron tener un poquito más de economía gracias a que se iba a trabajar a México. Comenzaron a construir sus casas de material y se empezó a notar que les iba mejor, entonces otros quisieron también hacerlo, sobre todo los más jóvenes que observaron eso, nos fuimos así, como quien dice, contagiando para querer superarnos. Pero ahora ya no fue sólo con irse a México, no. Ahora fue por la educación. Porque todos acá gracias a que se instaló la escuela en la comunidad ya tuvimos nuestros estudios de primaria y pudimos defendernos mejor.